

Cívita Diaboli

Carlos Basso



© Civita Diaboli.

Sello: Tricéfalo/Odonata
Primera edición: Octubre 2021

© Carlos Basso
Edición general: Martín Muñoz Kaiser
Ilustración de portada: José Canales
Corrección de textos: Aldo Berríos
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones
www.facebook.com/aureaedicioneschile
[@aureaediciones1](https://www.instagram.com/aureaediciones1)
www.aureaediciones.cl
Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-78-0

Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021-A-7290

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor o el editor.

Todos los derechos reservados.

Observación editorial

A diferencia del texto original, que está escrito utilizando las fórmulas tradicionales del castellano del siglo XVIII, en la versión que usted tiene en sus manos se ha modernizado lo más posible la escritura, a fin de hacerla más sencilla, aunque de todos modos se han conservado la mayoría de las estructuras sintagmáticas que posee este peculiar diario de viaje, de cuya autenticidad, lamentamos, no podemos hacernos cargo, aunque esperamos sinceramente que sea falso, de falsedad absoluta.

Equipo editorial de Aurea Ediciones

Donato Silva San Vicente
Notario Público
Lima. República del Perú
24 de julio de 1938

El notario que suscribe certifica que el texto siguiente es transcripción fiel y a máquina del libro sin nombre, escrito en letra manuscrita casi ilegible, debido a la acción de los elementos, las termitas y aparentemente el agua —pues grandes secciones del mismo parecieran haberse mojado—, que a su vez se encontraba al interior de una suerte de morral confeccionado a partir de alguna piel natural, que sin dudas lo protegió.

Dicho libro es propiedad de don Felipe de las Mercedes Lara, quien refiere haberlo hallado durante las tareas de remoción de escombros de una derruida casa que antaño fue propiedad de la Compañía de Jesús, ubicada en esta capital de Lima.

En declaración jurada, el propietario del libro señala no saber quién era su dueño anterior ni tampoco cómo llegó ahí y, mucho menos si sus terribles contenidos, los que he tenido a la vista, son auténticos o no.

Pese a no competelerle a este funcionario la censura pública, y dejando constancia de la oposición de su propietario, como cristiano espero muy sinceramente que su contenido no llegue a ser conocido por niños, personas de corazón débil y especialmente personas que abjuren de Dios, nuestro señor. De todos modos, me consuelo pensando que nada de lo que allí se señala pudo haber ocurrido, nada.

Sin embargo, si así fuera y si esto no resultara ser más que el producto de la imaginación de alguna mente afebrada, debemos encomendarnos con todas nuestras fuerzas al amparo de aquel que vive y reina en los cielos, pues, de lo contrario, el horror atacará de nuevo.

Que Dios nos encuentre confesados, de ser así.

Diario de viaje
La Concepción, Chile
30 de mayo de 1768

Mi muy querida madre: Después de mucho tiempo sin escribiros inicio una nueva crónica, como aquellas que con tanto regocijo leísteis de mis campañas en Europa y en otros lugares. Sé, querida madre, que estáis ausente, pero ello no es óbice para que yo, como hijo vuestro, no entienda que ha sido mucho el tiempo en que no os he contado de mi vida, mas las disposiciones impuestas por el excelentísimo Consejo de Castilla obliganme a proceder con la máxima discreción.

De todos modos, como es probable que en esta magna empresa pierda la vida, he decidido comenzar hoy a escribir una suerte de diario de viaje y solicito encarecidamente a cualquier alma piadosa que, si algún día encuentra mi cuerpo exangüe a la vera de un camino, tenga la caridad necesaria como para hacer público este documento, prueba de mi fidelidad inconmensurable hacia nuestro dignísimo Rey Carlos Tercero y hacia vos, querida madre.

Encontrábame cumpliendo determinadas misiones reservadas para el Real Consejo de Castilla en la ciudad de Lima, en mi calidad de comisionado de la policía, hasta que el 30 de Marzo pasado, varios meses después de los sucesos que culminaron con el extrañamiento de los jesuitas de los dominios de España, así como de las Indias y las Filipinas, por orden de nuestro señor el Rey, fui llamado por mi jefe directo, el formidable comisionado superior de policía Cristián de Gómez, quien entregóme un sobre con una serie de instrucciones a cumplir, carta que había sido enviada directamente por el excelentísimo Conde de Aranda y visado, además, por el Fiscal General del Reyno.

Mediante esas instrucciones invistióseme en el acto como agente en visita extraordinario de la infalible Pesquisa Secreta que, si no estáis enterada, queridísima madre, es el magnífico organismo que instruyó la investigación ordenada por S. M. Carlos Tercero tras los incidentes ocurridos en Madrid y otras regiones de nuestra madre patria, instigados por los jesuitas, que culminaron en el terrible motín subversivo de 1766, que tenía por fin derrocar a nuestro Rey y cuyas nefastas consecuencias vos y yo conocemos tan bien, lamentablemente.

Las instrucciones que mencionaba antes refiérense en lo básico a una compleja tarea, cual es la de ubicar a un jesuita en particular, que cuando los comisionados y jueces estaban ejecutando la orden de extrañamiento (como yo hícelo también en Lima), fugóse de la ciudad de La Concepción, ubicada a unas 120 leguas al sur de Santiago de Chile.

Debido a la especial naturaleza del trabajo, instituyéronme de la potestad necesaria para, una vez llegado el momento de encontrar al cura, conducirlo ante la audiencia del Tribunal del Santo Oficio de Lima, a fin de que respondiese por las graves acusaciones de herejía y brujería que sobre él recaen, amén de lo cual deberé recabar y entregar cualquier medio de prueba que sirva para sustentar las acusaciones en su contra. *A posteriori* deberá ejecutoriarse su expulsión de las colonias.

Particular atención pidióme mi superior respecto de un extraño libro que el susodicho jesuita tendría en su poder, el cual sería fuente de maleficios y supercherías, mas no entregóme mayores detalles del mismo. Sólo díjome que estaba encuadernado en piel, que cerrábase con una aldaba y que cuando diera con él, no debíalo abrir por motivo alguno.

En mi fuero íntimo pienso que este trabajo debió haber sido encomendado al Santo Oficio, institución que bien sabéis admiro profundamente, pero es evidente

que la confianza de Gómez en mi persona es inmensa y, desde dicha óptica, no puedo menos que considerar esta dura tarea como una muestra de ello y, por qué no pensarlo, como una prueba previa a una promoción, quizá a teniente de policía de Madrid, lo que sería fabuloso, pues permitiríame llevaros flores y visitaros vez que pudiera.

El cura a buscar trátase de un tal Íñigo de Azkargorta, natural de Guernica, ex exorcista y quien en esa calidad entró en tratos con el demoníaco, aparentemente ayudado por los naturales del sector de La Concepción y otras tierras aún más hostiles y siniestras ubicadas al sur de dicha ciudad, perpetrando una serie de delitos que van mucho más allá de las acusaciones lanzadas en contra de esta orden proscrita, entre ellas las de ejecutar aberraciones con cadáveres, Dios nuestro lo perdone (que acá lo espera el cadalso).

Amén de ello, su raíz diabólica está probada en múltiples testimonios de *jentes* de La Concepción, que dicen haber sido embrujadas por él, testimonios escritos que tuve a la vista. Como uno de los húsares que acompañaríame enfermó de disentería, aproveché el par de días de retraso para ubicar a algunos de esos testigos y el solo encuentro con ellos reveló de inmediato que el maligno no hálos abandonado para nada.

Basta cruzar un par de palabras con estas personas para darse cuenta de que trátase de simples monigotes pagados por el innombrable para denostar a nuestro Rey y hacer creer a los ramplones que el cura es un perseguido, un mesías dotado de poderosas facultades que debe ser defendido y ayudado. Todos ellos, como sucedió ya en nuestro querido Madrid, visten ropas oscuras y sombreros de ala ancha, en lo que claramente parece una provocación hacia nuestro eterno y digno soberano y, además, como bien lo sabéis, es la vestimenta propia del demonio. Uno de ellos, un tuerto, fue muy enigmático y como parecía saber mucho entregué su nombre a los

fiscales locales del Tribunal del Santo Oficio, a fin de que indaguen sobre el particular y puedan elevar los antecedentes necesarios a Lima, como hicieron ya de modo tan eficiente con Francisco Maldonado da Silva, que, haciéndose pasar por un converso, practicaba los rituales heréticos del judaísmo.

Por cierto, gracias a las facultades de investigador que han héchome merecedor de este honroso nombramiento, pronto pude averiguar que este verdadero hijo de Satán de Íñigo ha marchádose de esta ciudad pocos días antes que cumpliérase el decreto de expulsión, en busca de una ciudad fantasma llamada Las Infantas, lo que es coincidente con lo díchome por mi superior y también con lo que afirmárame el tuerto aquel, quien incluso díjome como llegar a ella.

Trátase esta, Las Infantas, de una ciudad que desapareció a fines del 1500, cuando la colonización había avanzado muy fuerte en el sur de Chile, donde habíamos fundado al menos siete ciudades de relativa importancia estratégica para la guerra que llevábamos contra los araucanos o mapuches, como insisten en autodenominarse estos. Hasta el 1550 nuestra frontera estaba en La Concepción, último baluarte antes del río Fío Fío. La batalla del Andalién, en 1550, en la cual nuestras fuerzas ganaron gracias a la divina intervención de nuestra Santísima Madre, la Virgen María —llena eres de gracia entre todas las mujeres—, ayudónos a penetrar más al sur y de esta forma nuestras tropas erigieron las ciudades de Imperial, Villarrica, Osorno, Santa Cruz de Coya, Valdivia, Angol y Las Infantas.

La ubicación exacta de esta última desconócese hasta el día de hoy, dado que en el desgraciado año de 1598 las huestes al mando de Pelantaro atacaron Curalaba, asesinando al Gobernador Martín García Óñez de Loyola, *Requiescat in Pacem*. Tras ello destruyeron todas las ciudades al sur del Fío Fío. En marzo de 1599 los bárbaros

atacaron Santa Cruz. Luego, a fines de año, destruyeron Valdivia.

Unos días después cayeron sobre Osorno y luego siguieron con las demás ciudades, entre ellas Las Infantas, finalizando con Villarrica, donde no dejaron a nadie con vida.

Muchos creen que Las Infantas, en caso de existir de nuevo, podría ser la mentada Ciudad de los Césares, buscada con tanto celo y poca fortuna por jesuitas como Mascardi y por otros de la misma ralea, aunque nosotros creemos que es la *Civita Diaboli*, la Ciudad del Diablo, un escondrijo que nuestros religiosos niéganse a aceptar en público que existe, para no asustar a las *jentes* vulgares.

Si es necesario, mi queridísima madre, he de perder la vida en esta misión que su excelencia el Conde de Aranda, Presidente del Excelentísimo Consejo de Castilla, ha encomendádome. Estoy dispuesto a ello, en nombre del Rey y de Dios. Mañana, cuando el sol despunte, saldré rumbo al sur acompañado de cinco húsares. Poseo indicaciones claras y certeras del lugar donde podría ubicarse esta ciudad y espero dar con ella, pero deberemos atravesar varios cursos de agua fieros y extensos como mares (el primero de los cuales es el Fío Fío, al sur de La Concepción), así como enfrentar bestias desconocidas.

No obstante, confío en que la Divina Luz de la Providencia alumbre nuestro camino y permítanos arrestar a este cura rebelde, para que finalmente pueda comparecer ante la luz de nuestro señor Jesucristo.

Lo único que extrañame de todo este asunto, es que supónese que la Ciudad del Diablo está al sur de Valdivia, donde tenemos una fortaleza. Cuando pregunté por qué no navegábamos hasta allá desde Concepción, como habría sido lógico, a fin de evitar a los nativos, para luego continuar a caballo, respondióseme que no había problema en cabalgar, que todo iba a estar bien, pero nadie contestóme por qué no evitábamosnos el duro viaje por

tierras ignotas, cuando podíamos llegar hasta Valdivia y desde allí embarcarnos, pero como soy el policía más obediente de nuestro soberano, acato y convéznome de que alguna razón debe haber, aunque yo no sea digno de conocerla.

Dios Guarde a V. allá donde estáis
Joaquín Marcó del Pontt
Agente de la Pesquisa Secreta (en visita
extraordinaria)

En las vecindades de Nacimiento, Chile
08 de junio de 1768

El viaje al sur ha trascurrido sin contratiempos y mi inquietud parece disiparse. La cabalgata ha sido relativamente fácil, pues los mansos indígenas de esta zona transitan por estos lares y por ello existen numerosas sendas a seguir. Se trata de *jentes* amistosas, hasta el momento, aunque hemos sido advertidos de que en determinados sectores son más belicosos, por lo que vamos bastante alertas, pues sabemos que somos extraños en su país. De todos modos, el pase de los ríos y esteros ha sido tranquilo, pese a las lluvias de esta época del año.

Únicamente para cruzar el Fío Fío, que tiene cerca de media legua en su parte más ancha, debimos recurrir a los servicios de un botero, que ayudónos a llegar a la ribera sur a cambio de una suma bastante módica. Después de ello tomamos rumbo a mediodía, siguiendo las líneas de la costa, allí por donde podíase, y en menos tiempo del que pensábamos logramos llegar a corta distancia del asentamiento de Arauco. El paisaje, querida madre, es sobrecogedor. He estado en selvas parecidas, pero estas son enormes y su fauna mucho más rica. En varias oportunidades hemos debido sortear los cerros costeros avanzando por la orilla del mar y allí hemos visto bosques impresionantes que terminan casi en el agua.

Aunque el tiempo ha sido favorable y sin lluvias, el frío es realmente cruento, y han díchome que más al sur vuélvese intolerable, pero esperamos resistir.

El largo viaje ha permitídomed meditar con fuerza sobre la situación que enfrento y las circunstancias en las cuales transcurre esta pesquisa. No puedo menos que seguir asombrándome de lo largo que es el brazo del mal y la forma en que actúa. Ante ello siempre recuerdo las notables historias de ese gran investigador que fue William

de Baskerville y de las formas en que él enfrentó al mal cuando correspondióle verlo cara a cara.

Debo confesaros que cuando nombróseme agente de la pesquisa secreta en visita extraordinaria, con el único fin de buscar al cura rebelde, algo rebelóse también en mi corazón. Comparto más que nadie el dolor de la afrenta causada por los jesuitas a nuestro soberano. Odio con toda mi rabia las coplas burlescas cantadas por el vulgo en contra de nuestra Majestad y los falaces argumentos esgrimidos por los defensores de los jesuitas, que no trepidan en injuriar a nuestros gobernantes, diciendo que estos curas son las pobres víctimas de un complot destinado a despojarles de sus posesiones terrenas.

¿Quién más que yo, que he perdidote por la turba-
multa instigada por los jesuitas, podría saber lo que estos realmente han hecho?

Sabemos muy bien que, como probáralo la investigación de la Pesquisa Secreta, ellos fueron los cerebros de la conspiración que levantó al pueblo en contra de nuestro Rey y sus ministros.

No obstante, no puedo dejar de admitir que costóme aceptar la misión que fuéme impuesta. Si bien participé, como muchos otros, de la operación de extrañamiento, buscar y arrestar a un sacerdote no es para nada una tarea sencilla para aquellos que llevamos la impronta de Cristo en nuestra frente. Sin embargo, con las evidencias reunidas entre quienes conocieron a Íñigo el Vasco en La Concepción, mi conciencia siéntese aliviada al ver que trátase de alguien que ha perdido completamente su vocación sacerdotal. Ha sido subsumido por las luces de las tinieblas y ante ello no quédame más que completar mi misión, aunque váyaseme la vida.

En la vera de un río desconocido, Chile
27 de junio de 1768

Junto a los soldados que quedan, cobijéme de la fuerte lluvia bajo la saliente de un peñón al lado del mar, en las cercanías de donde desemboca un ancho río, allí donde sólo algunos valientes cazadores y traficantes de pieles atrévense a entrar, cuando escuché que alguien nos gritaba en cristiano.

Algunos días antes, en medio de la penosa cabalgata que debemos realizar dado el inclemente clima, estuvimos en una situación de mucho peligro, cuando encontramos con una patrulla de indios a caballo. Eran todos ellos jóvenes, de torsos, brazos y piernas musculosas y cabalgaban por en medio de una solitaria playa, cuando viéronnos.

Verdad mediante, la culpa fue nuestra. Hacía tanto que no cruzábamosnos con alma alguna, que íbamos por la arena sin mayores cuidados y cargaron de inmediato, lanzando aterradores gritos.

El primer impulso fue enfrentar a esos salvajes en nombre de nuestro buen Dios y nuestro bienamado monarca, pero a los cinco o seis agresores, que fueron los primeros en aparecer desde un claro del bosque, sumóse otra docena, y otra más y así sucesivamente.

En nuestra desesperación, sabedores de que nuestro destino sería morir empalados o algo peor, corrimos con nuestros rocines al mar, que en ese momento hervía de furia, pues había mucho viento y los cielos encapotados estaban. Perdí a dos excelentes hombres en dicho trance, pero afortunadamente no sucedió lo mismo con mi diario de viaje, que siempre llevo dentro de mi alforja — aquella que vos cosísteis para mí con tanto cariño, madre querida — envuelto en un saco confeccionado con hígado de cordero, que cierra a la perfección y evitó que se mojarse.

Debo confesaros, madre mía, que también estuve a punto de dejar este mundo, perspectiva que, después de todo, no resulta tan ingrata. Como avanzamos todo lo que pudimos hacia dentro del agua, combatiendo la rompiente, al final las olas lanzáronnos hacia dentro del mar y allí permanecimos horas, luchando contra los torrentes que nos llevaron con toda violencia hacia el sur, haciéndonos restallar como barcos de juguete contra un enorme y afilado farellón, en el cual rebotábamos una y otra vez. Fue allí donde murieron dos de los hombres, con sus cráneos destrozados por efecto de los golpes contra esa maldita muralla de piedra.

Cuando finalmente logré salir de allí y ayudar a los sobrevivientes, la noche habíase dejado caer ya y de nuestros atacantes ni rastros quedaban, menos de los que habían sido nuestros caballos, que de seguro fueron robados por los naturales.

Pese a eso, seguimos nuestro camino, heridos, golpeados y entristecidos por la pérdida de tan bravos militares, pero encomendados a la gloria de nuestro señor Jesucristo, tú que vives y reinas, pudimos seguir nuestra senda a pie, esta vez guiados por la luz divina.

Fue en eso cuando el día de antes de ayer, siempre por la línea de la costa, a unas tres leguas al sur del lugar donde fuimos atacados, calculo, escuchamos que alguien gritábanos en un castellano cerrado y difícil de entender, pero castellano al fin.

Cual no sería nuestra sorpresa al ver que quien llamábamos era un cristiano de tomo y lomo, un extraño individuo al que faltábale una oreja, quien invitónos a pasar la noche en un refugio que tenía al interior de un bosque, una especie de casa de madera muy amplia. Allí dentro, al calor del fuego y de un vino caliente que convidónos, ese gentil hombre explicónos que desde siempre había vivido allí y que por eso hablaba la lengua de esa región.